



BELÉN DE LA MEZQUITA-CATEDRAL.

FIESTAS: IDENTIDAD, PERMANENCIA Y TRANSFORMACIÓN. APROXIMACIÓN AL CICLO DE INVIERNO EN LA CAMPIÑA SUR DE CÓRDOBA

Por

FRANCISCO LUQUE-ROMERO ALBORNOZ Y JOSÉ COBOS RUIZ DE ADANA

Antropólogos

La Campiña Sur de Córdoba, flanqueada por el Guadalquivir y las sierras Subbéticas, posee unos terrenos ondulados de tierras arcillosas, coronados por algún que otro pueblo fortaleza. Sus habitantes sobrepasan los cien mil y viven de la vid, el olivo, el ajo o el cereal, cultivos todos ellos que se convierten en su principal sustento económico. Su paisaje se transforma por los riegos del Genil-Cabra, que han generado un notable desarrollo, al asentarse allí numerosas industrias agrarias y de transformación, que suponen un veinte por ciento del sector secundario de la provincia.

Por lo que se refiere a la Campiña Sur, habría que afirmar que su identidad y cultura no son sino el resultado de un largo proceso al que se vio sometido este espacio durante centurias. En este sentido, diremos que se deberían significar algunos de sus «marcadores de identidad» y cuantos elementos sustentan su formación cultural. Por un lado, afirmamos que este territorio de Córdoba viene mostrándonos su economía de base agraria, por lo que la cuestión de la tierra y la lucha por su posesión constituyeron todo un referente en dicho espacio provincial. Por otro, cabría indicar el consecuente predominio de unas determinadas relaciones sociales de producción, que posibilitaron que una minoría propietaria prevaleciera sobre la mayoría explotada. Partiendo de ambos supuestos, se hace necesaria la recuperación de su memoria, su conciencia comarcal y de pueblo, mediante la plena reconstrucción de su historia y su cultura. Sin duda, los verdaderos fundamentos de su etnicidad. En este sentido, una política adecuada se debería entender no sólo como una vía de intervención cultural, sino más bien como un medio, junto a otros más, cuya finalidad última fuera la de superar la

situación de dependencia de esta comarca con respecto a la propia capital.

La Campiña cordobesa por su zona norte, tiene un límite que no es otro sino el propio escalón mariánico y el curso del río Guadalquivir. Sin embargo, por su flanco sur es por donde las sierras Subbéticas discurren con discontinuas energías, haciendo imprecisos sus límites geográficos. No obstante, podríamos indicar que bien podrían fijarse de forma sinuosa en una línea que discurre desde Baena, enlaza con Puente Genil y pasa por la zona de Doña Mencía y por el sur vinícola de Moriles. Según López Ontiveros, de norte a sur el área campiñesa engloba un total de treinta y dos municipios que hoy se agrupan de forma distinta en diferentes mancomunidades. En una zona mixta de campiña y sierra, englobó a Montoro, Almodóvar del Río, Posadas y Hornachuelos. Por su parte, Villa del Río, Pedro Abad, El Carpio, Villafranca, Córdoba y Palma del Río los enmarcó en el valle estricto del río. Entre los asentamientos carolinos de la centuria del setecientos enumera a La Carlota, Fuente Palmera y San Sebastián de los Ballesteros, cuyo paisaje continúa por La Victoria y Guadalcazar. Después está la zona centro cerealista, la de los suelos fértiles miocénicos, o campiña por antonomasia, en la que cabría incluir a Cañete de las Torres, Castro del Río, Espejo, Montemayor, Fernán Núñez, La Rambla y Santaella. Aunque, sin duda, de todos ellos la unidad más potente desde el punto de vista jurídico institucional se corresponde con las tierras que pertenecieron al Señorío de Aguilar, un territorio que comprende los municipios de Montilla, Aguilar de la Frontera, Puente Genil, Montalbán, Monturque y Moriles. Por último, se halla el espolón sur occidental con Baena,



Valenzuela y Luque que, junto con Bujalance, en situación discontinua con respecto a éstos, forman parte de la periferia olivarera de la campiña que, de igual forma, incluye a otros pueblos encuadrados en otras comarcas de la provincia.

El señorío y aboengo de los Fernández de Córdoba protagonizará la historia de esta zona de la campiña. Durante siglos la Casa de Aguilar, posteriormente Marquesado de Priego y, después, Ducado de Medinaceli, marcará la historia de los pueblos que hoy en día engloban la Campiña Sur de Córdoba: Aguilar, Fernán Nuñez, Montalbán, Montemayor, Montilla, Monturque, Moriles, Puente Genil, La Rambla, San Sebastián de los Ballesteros y Santaella.

LAS FIESTAS POPULARES

Las fiestas populares y tradicionales tal vez sean uno de los elementos más reveladores de la identidad de los pueblos, ya que el inconsciente colectivo se expresa a través de ellas. Todos ellos tienen sus celebraciones y no existe comunidad que no celebre los principales acontecimientos de una u otra forma concreta y con rituales que impregnan a sus gentes de diversos sentimientos de festividad.

La zona de la Campiña Sur ha sido siempre un espacio en el que se han fundido grandes civilizaciones. De ahí que en su calendario festivo encontremos reminiscencias de antiguas culturas, a veces difíciles de separar al haberse influido mutuamente. Es un calendario solar regido por el solsticio de invierno con la Navidad, y el de verano con la noche de San Juan. Sobre el mismo el cristianismo introdujo elementos del hebreo, de tradición oriental y en el que la principal celebración es la Semana Mayor, que culmina con la Pascua Florida, con la que se inicia el ciclo de primavera y de la Pascua de Pentecostés, cuando comienza la recogida de las cosechas en el umbral del verano. Estas celebraciones obedecen a un calendario lunar, y la datación de las fiestas, desde el carnaval hasta la festividad del Corpus Christi, depende de la luna pascual.

En otro tiempo, el ciclo anual, como modelo de ordenación del tiempo, marcaba la realización de determinadas labores agrícolas o ganaderas, el comienzo del invierno o bien del verano. Actualmente, es obvio que los cambios tecnológicos acaecidos en los núcleos de la Campiña Sur con respecto a la agricultura y ganadería provincial, han generado diversas contradicciones en el ciclo anual de festividades y cambios en su celebración.

La Campiña Sur posee un calendario de fiestas rico y variado que incluye ritos y celebraciones ancestrales, aunque también hay espectáculos vistosos de moderna creación que han conjugado la tradición con el progreso. Existe una dificultad intrínseca para el estudio globalizado de ellas en una provincia, por ser esta una división político-administrativa del siglo XIX que la mayoría de las veces no tiene entidad como área cultural definida. Es el caso de Córdoba que, si bien es semejante geográfica e históricamente al antiguo reino; sin embargo, desde el punto de vista socio-antropológico, no puede ser considerada como un área cultural con elementos definidos diferenciadores de otras zonas geográficas cercanas y limítrofes. Y si esto ocurre en el ámbito provincial, podemos decir lo mismo de los once municipios que componen la Campiña Sur. Esta es una comarca administrativa, creada para superar uno de los factores negativos que más han perjudicado a estas localidades: su individualismo localista que hacía que cada pueblo viviera sin contar con los demás de su entorno.

Hay numerosas descripciones de fiestas, pero escasos estudios de investigación sobre su significado. A los viajeros europeos que recorrieron Andalucía en los siglos XVIII y XIX les llamó la atención no sólo la riqueza de sus manifestaciones festivo-ceremoniales, sino también la predisposición de sus habitantes por aquellas. Esto dio lugar a uno de los tópicos más perdurables y negativos con los que se ha definido a los andaluces: holgazanería, derroche, pasividad, fanatismo religioso, etc. Esta imagen de «*charanga y pandereta*» fue cuestionada por los componentes del movimiento folclorista andaluz. Los etnógrafos del siglo XIX y principios del XX prestaron gran atención a las fiestas, mostrándose atraídos por los aspectos más sobresalientes de las mismas: música, canciones, danzas, juegos y diversiones concretas. De esta manera Machado y Álvarez, en 1883, diría que quien quisiera conocer el carácter de los andaluces «*hallará muchos más elementos para su objeto estudiando las fiestas populares religiosas que se celebran en los pueblos...*».

En el ámbito popular, las fiestas tienen una serie de características definidas. Representan lo contrario del trabajo, y encierran un carácter religioso y de ocio; presuponen atributos de alegría, regocijo y diversión; existe una permisividad que permite transgredir ciertas normas.

En este sentido, las fiestas están compuestas por factores y elementos altamente significativos que nos van a dar la base de la importancia de su estudio. Este se ha de hacer desde una doble perspectiva: su análisis como mirador desde el que puedan observarse sociedades concretas, y el interés por sí mismas, por confluir en ellas no sólo todas las artes populares, sino también la mayoría de las actividades sociales y económicas de un pueblo (Hoyos Sáinz 1946). Cualquier análisis habrá de tener en cuenta los distintos aspectos, que nunca se darán aislados sino estrechamente relacionados. Entre éstos destacamos algunos:

- Las fiestas siempre tienen un carácter grupal, nunca individual, ya que cada unidad diferenciada tiene su celebración propia, que funciona como elemento de identificación.
- Tienen un carácter de distensión y de liberación con el valor de ser una impugnación de lo cotidiano, y poseer una dinámica emancipadora que conduce a la liberación de las coacciones compulsivas del sistema social.
- Se expresan a través de rituales y ceremonias, a veces de orígenes remotos, que dan lugar a distintos comportamientos cuyo significado unas veces es conocido por todos y otras, sin embargo, es necesario desmenuzarlo para analizar sus distintas significaciones.
- Tienen un carácter excepcional, no cotidiano, sujetas a una periodicidad dependiente tradicionalmente del ciclo y calendario laboral y, hoy en día, de los calendarios urbanos industriales.
- Implican y manifiestan la participación e interrelación social, la cual casi siempre se da, a distintos niveles, como expresión de la segmentación social existente.

- f) Generalmente, nos muestran la cosmovisión religiosa de la sociedad. Aunque los contenidos doctrinales no siempre están presentes, las distintas formas de expresión religiosa conforman la mayoría de las manifestaciones festivas.
- g) Finalmente, serían la expresión, real o simbólica, de la estructura socioeconómica de la sociedad. Así, en las fiestas operan mecanismos que refuerzan las clases sociales y contribuyen a mantener todo el complejo cultural que llega a ser símbolo de relación entre los distintos segmentos sociales

Acompañando cada uno de los distintos aspectos, hay que tener en cuenta en todas las manifestaciones la transformación espacial que se da en el marco festivo y las distintas expresiones estéticas que en ella tienen lugar. En este sentido, toda fiesta es un espectáculo que un pueblo, o parte de él, se ofrece a sí mismo, viéndose y participando en las referidas manifestaciones, siendo la primera vivencia –y conocimiento– que se tiene al asistir a una celebración, la sensorial. De esta manera, se consiguen unos efectos estéticos a través de la manipulación y cambio cualitativo de objetos que son primariamente técnicos y cotidianos. En toda fiesta hay una búsqueda creativa de emotividad estética que, en algunos casos, es conseguida plenamente, pues en ella el pueblo participante se emociona, grita, llora o se extasia.

Al igual que sucede en otros lugares de Andalucía, el elemento religioso es inseparable del fenómeno festivo en las poblaciones de la mancomunidad. Desde sus orígenes, numerosas festividades fueron sacralizadas, ya que a las celebraciones principales del calendario hebraico la liturgia cristiana fue incorporando las tradiciones paganas, celtas y romanas, impregnándolas de símbolos y convirtiéndolas en formas de expresión del pueblo que las protagoniza.

La gran mayoría de las celebraciones de la Campiña Sur tienen un origen religioso. Excepto en algunas ferias de ganado y promoción comercial, dicho elemento es inseparable del fenómeno festivo. Son manifestaciones que nos van a permitir comprender muchas de las costumbres y creencias de nuestros pueblos. Se puede afirmar, con Maldonado, que *«no hay verdadera festividad sin una apertura a lo religioso, como no hay religiosidad sin una explosión de lo festivo»*.

Hay dos categorías dialécticas, la sagrada y la profana, que no se pueden ignorar al abordar estas fiestas. Los actos de culto y los lúdicos se encuentran interrelacionados en nuestras festividades, pues vivimos en una sociedad cuya cultura ha estado marcada por la ideología cristiano-católica, dominante durante siglos.

Al igual que en el resto de Andalucía, en la mancomunidad sur las festividades de origen religioso son dominantes. Comienza el año con las tradicionales canciones navideñas que dan lugar a animados grupos, llamados en algunos lugares «mochileros». Igual origen tiene la rememoración festivo-religiosa de la Pasión y Muerte de Jesucristo, generalizada en los pueblos e incluso en muchas aldeas. En el mismo sentido, no hay localidad que no deje de embargarse por ese sentimiento de festividad en los actos de culto a su patrón o patrona. Igual ocurre en aquellas otras celebraciones con finalidad votiva o de acción de gracias, o en nuestras romerías, veladas o verbenas. Incluso aquellas fiestas que complementan el calendario religioso, como las históricas, sociales, etc., están marcadas, la mayoría de las veces, por componentes religiosos.

FIESTA E IDENTIDAD CULTURAL

Desde un punto de vista antropológico, las fiestas se constituyen como una forma de expresión simbólica de la identidad del pueblo que las protagoniza, por encima de la complejidad y multiplicidad de planos de significación que puedan albergar. Este valor de las mismas, que propicia la identidad grupal, ha sido utilizado continuamente y ha hecho que toda la comunidad tenga su propia fiesta. Es una constante que cada



PUENTE GENIL. DECORACIÓN DE NAVIDAD.

unidad de agrupamiento tenga su celebración, de tal manera que puede afirmarse que un pueblo existe cuando tiene fiesta propia, y deja de serlo cuando la pierde. Exponentes del uso de esta significación en lugares menores se encuentran multitud de ejemplos en la Campiña Sur. Así, los habitantes de lugares y caseríos próximos a un camino y encrucijada, buscan el reconocimiento de su identidad grupal en la celebración festiva. Ejemplo de ello sería la denominada «gran fiesta popular en la Vereda del Cerro Macho», situada en los pagos de la Sierra de Montilla.

No hay grupo humano con conciencia de sí mismo que no tenga sus celebraciones diferenciadas de las de los demás. Para ello, los diferentes pueblos que conforman el entorno de proximidad de las distintas áreas comarcales, o subcomarcales, tienden a no celebrar sus respectivas fiestas mayores en el mismo día. Así se da entre ellas el *«principio de no coincidencia de fiestas»*, que permite diferenciar e identificar a cada comunidad respecto a su entorno. Esta significación de las fiestas como elemento de identificación hará que funcione, igualmente, como elemento que refuerza el sentido de comunidad y de cohesión grupal. Tal función se apoya en los datos etnográficos que sobre la celebración de las fiestas se tienen en los análisis de las historias y leyendas sobre el origen de las devociones y patronazgos en nuestros pueblos. Así, el origen de algunas se encuentra en la aparición de una imagen, generalmente de la Virgen, y en la actuación favorable de la misma hacia una comunidad concreta –Virgen del Valle en Santaella–. Como consecuencia de esta distinción surge la devoción en la comunidad y la hermandad que se ocupará de sus cultos y fiestas. Este sería el origen de numerosas celebraciones patronales que definen y diferencian las diversas localidades de la zona.

Los distintos colectivos de una comunidad encuentran en las fiestas que componen su ciclo unos rituales que les confieren y reafirman su identidad y que, simultáneamente, los refuerzan como grupo. Las fiestas mayores serían aquellas donde el nivel de identificación corresponde a toda la comunidad, si bien en ellas se dan diversas secuencias de rituales y de participación que evidencian los distintos niveles de integración.

Las fiestas de barrio, las verbenas y las celebraciones organizadas por distintas asociaciones expresan la identificación espacial o grupal de los que las organizan y protagonizan,

a un nivel no ya comunitario, sino como colectividad diferenciada ante la comunidad global de la que forman parte. Esta idea de búsqueda de identidad, a través de lo festivo, ha sido bien captada por los diversos grupos políticos y por las asociaciones de vecinos, que en los últimos años se están volcando en la organización de veladas o verbenas en los barrios de los pueblos. En la mayoría de ello han existido verbenas tradicionales que se organizaban en torno a la iglesia que festejaba a una imagen o patrón de la misma. Algunas se han perdido, otras se han recuperado y otras más han surgido donde las asociaciones de vecinos han organizado distintas veladas con el fin de adquirir una identidad propia que los diferencie.

PERMANENCIA Y TRANSFORMACIÓN DE LAS FIESTAS

Las fiestas de la Campiña Sur no son un tipo de celebraciones estáticas. Su vitalidad las hace ser «una de las manifestaciones de la cultura de cada pueblo que más evoluciona y se adapta al devenir de la historia». De este modo, en los últimos años estamos siendo testigos de un cambio en sus celebraciones que refleja las alternancias a las que están siendo sometidas en nuestra sociedad.

Ha llamado la atención de los estudiosos del fenómeno festivo la gran proliferación de celebraciones, cuyo número aumenta cada año: una tradición perdida que se rescata, una danza que se copia, un santo que reaparece en la devoción... Entre sus causas y nuevas apariciones encontramos la «necesidad de autoafirmación de cada localidad». A todo ello ha contribuido la liberación de las costumbres, el incremento del nivel de vida, el aumento del tiempo de ocio, la capacidad de los jóvenes de intervención en la vida local y lo que se ha dado en llamar «vuelta a las raíces».

Como consecuencia de los cambios experimentados en los fenómenos festivos, consecuencia de la transformación de la sociedad rural, nos encontramos que asistimos a:

- Una importante concentración en el tiempo de ciertas fiestas: mayo para romerías (Montalbán, Fernán Núñez, Montemayor, Puente Genil, La Rambla y Santaella), julio y agosto para ferias y fiestas patronales (Aguilar, Fernán Núñez, Montilla, Moriles, Monturque, La Rambla y San Sebastián de los Ballesteros).
- Desmembración de las fiestas. Ejemplo de ello es la separación de las ferias de las fiestas patronales, Aguilar con su feria y patrón san Roque, y la acentuación de la separación de lo profano (Carnaval) con lo sagrado (Semana Santa).
- Creciente unificación de actividades que se celebran durante los festejos.
- Concentración de fiestas durante los fines de semana.

Debido a la rápida evolución en los modos de comportamiento de las poblaciones, últimamente nos estamos encontrando con la desaparición de significativas manifestaciones culturales, constitutivas de lo que se ha venido en llamar «señas de identidad de un pueblo». De esta manera, junto a esta pérdida o transformación, se está produciendo una estandarización de la cultura popular que está mermando la riqueza y variedad que tenía.

La mayoría de las veces, las actuaciones de las administraciones y organismos públicos, lejos de lo que ellos mismos creen, están contribuyendo a acelerar esta situación. Como ejemplo paradigmático tenemos el Carnaval que, después de sobrevivir a las prohibiciones de la dictadura franquista, ha obtenido el patrocinio y subvención de Ayuntamientos. Esto ha acelerado su transformación radical, que hace que ahora se mantenga bajo fórmulas que ya nada tienen que ver con las que tenían hace años. Así lo podemos observar en el contraste entre el llamado, hace años, «carnaval de las mujeres» de la Victoria y, el modelo de celebración actual del carnaval en Montilla, patrocinado por el área sociocultural de su ayuntamiento. De la ocultación de la máscara a la ostentación del disfraz. El interés político de intromisión en todos los ámbitos

de la vida cotidiana –incluso en aquellos que le son ajenos– ha provocado una subversión de los valores que subyacen en la cultura popular, que se ha adaptado a las nuevas circunstancias con las que sobrevivir. En muchos casos se ha acentuado el clientelismo de asociaciones, organizaciones y hermandades hacia los poderes político-administrativos.

Hay que destacar, igualmente, la importancia de los medios de comunicación que han actuado como elemento perturbador en el desarrollo de las fiestas tradicionales de los pueblos. Así, el calendario de celebraciones no cesa de recibir la influencia de las modas que dominan el panorama audiovisual, influencias que no sólo afectan a la forma, sino a los modos de interiorización, por ejemplo, la generalización de las sevillanas en detrimento de las danzas autóctonas.

Pero, los modelos festivos son mucho más ricos y variados y seguirán reproduciéndose siempre que la comunidad social y simbólica se siga identificando con sus festejos. Cuando esta vinculación cambie o desaparezca también lo hará la fiesta, en un proceso continuo de transformación que, como toda manifestación cultural, nunca tendrá un final definitivo. La historia reciente de Andalucía, a partir de los años sesenta del siglo xx, es un buen ejemplo de ello: se produce el desdoblamiento de sus campos y pueblos, el abandono de viejos usos temporales en la organización de los rituales de trabajos, la modificación de la estructura social, etc., que junto con la emergencia de nuevos grupos sociales van a tener una influencia directa sobre fiestas y rituales.

Al mismo tiempo, las instituciones locales han incrementado su protagonismo, patrocinando fiestas que ahora son interpretadas como «recursos culturales» que testimonian su «identidad». Por ello, se tiene muy en cuenta, entre los compromisos políticos de quienes gobiernan su participación en las fiestas del Corpus, presidencia de tribunas de Semana Santa, entrega de varas de mando a las imágenes patronales o la financiación y participación directa en ferias, cabalgatas de reyes y verbenas.

El sistema de cómo se han organizado y financiado los gastos ceremoniales y festivos no es idéntico en todos los municipios de la mancomunidad. Los elevados gastos ocasionados por el fuerte sentido de emulación y ostentación (hermandades) son en realidad propios, fundamentalmente de las hermandades de gloria y de las cofradías penitenciales de Semana Santa de las grandes poblaciones. De hecho, la pujanza que mantiene el sistema de hermandades en nuestra tierra –en un tiempo creciente de laicismo– tiene sentido si lo interpretamos como parte de un código cultural muy arraigado que no siempre es fácil de desentrañar. Así, nos encontramos con la paradoja de que los recientes cambios sociales (desde el último tercio del siglo xx) no haya supuesto la estigmatización de unos rituales, fiestas y sistemas organizativos muy vinculados a la memoria histórica con algunos de los aspectos más negativos de nuestro pasado como alianza de la Iglesia con la oligarquía y el poder político, o la manipulación de símbolos religiosos.

Finalmente, otra dimensión que hay que destacar es la sociopolítica: el modo como actúan las fiestas y rituales en la legitimación e impugnación simbólica de la estructura social que las recrea. No hay fiesta donde no se ponga de manifiesto el papel jugado por los diferentes grupos sociales que conforman su comunidad social. En todo pueblo se ha sabido diferenciar entre hermandades ricas y pobres, fiestas en las que se consentía una mayor participación de las mujeres, como celebraciones serias (Corpus) y otras en las que la tolerancia y trasgresión (ritual) del orden cotidiano estaba consentida (carnaval). Esta capacidad para tolerar la visualización de la comunidad ha permitido la permanencia de las fiestas.





ALGUNAS FIESTAS DE LA MANCOMUNIDAD EN EL TRANSCURSO DEL CICLO DE INVIERNO

En su trilogía sobre el ciclo festivo, Caro Baroja tomaba como punto de partida la idea de que «trabajo, ocio, estaciones y fiestas van engranadas». Comienza el ciclo festivo con el punto culminante de la entrada del invierno que se conoce por solsticio de invierno y la Pascua de Navidad, donde aparecen la Nochebuena, el día de Navidad y el de Inocentes, ligados a alegrías nocturnas y fiestas de locos, y finalizaría con el vacío festivo de Cuaresma. En enero, tras las festividades de Navidad, Nochevieja y Reyes Magos, que se celebran en el ámbito de la mancomunidad con su iluminación festiva, belenes y representaciones religiosas, nos encontramos con las hogueras de San Antón, San Sebastián, la Candelaria y San Blas, ya a comienzos de febrero.

Desde la antigüedad, en todo el continente europeo, los campesinos han venido encendiendo hogueras para danzar a su alrededor o bien para saltar sobre ellas. Costumbres que podrían trasladarse hasta épocas anteriores a la fundación y difusión del cristianismo, conectando así con rituales de carácter pagano. Son numerosas las poblaciones que las encienden en invierno con unas semejanzas entre unos y otros lugares. Estos rituales de fuegos ceremoniales se ponían en relación con otros de magia imitativa, cuyo principal objetivo no era sino el de asegurar la provisión de luz indispensable para los seres vivos. Es decir, se encendían los fuegos en la tierra con la finalidad de imitar al sol, manantial de luz y calor para las personas, animales y plantas; aunque también se pensaba que estos rituales se efectuaban con una finalidad purificadora, ya que con lo quemado se destruían todas las influencias dañinas que acechaban a la comunidad.

El fuego tenía la misión de quemar cuantos males se daban en el pueblo, hecho que solían personificar en las brujas como seres malignos que encarnaban males y desgracias que recaían sobre las personas y sus bienes, ya fuera ganado, cosecha u otra propiedad. De ahí que las quemaran en efigie o como animales que las simbolizaran, siendo sus cenizas, tizones y ascuas un remedio eficaz para ahuyentarlas durante el año, y que protegían así sus bienes contra las enfermedades o inclemencias de la naturaleza. Estas hogueras se prendían porque se presumía de que irradiaban una energía propicia para la fertilidad de las gentes que participaban en ellas.

En la mancomunidad de la Campiña Sur las hogueras se suelen hacer durante el mes de enero y en la festividad de la Candelaria. En Montemayor, el día de San Sebastián, ante la ermita de su titular, se viene encendiendo una a la que acuden los vecinos para festejar al patrón del barrio. En la localidad de San Sebastián de los Ballesteros se festeja a su patrón durante tres días, culminando la celebración con la degustación del *Pavo con fideos*, cuyos orígenes se sitúan en los colonos centroeuropeos. En Montilla, en la barriada de San Sebastián, se celebran tradicionales fiestas cuyo acto

central es la candela que se enciende junto a la iglesia. Esa noche se reúnen los vecinos en torno al fuego en el que quemaban muebles y enseres fuera de uso con el simbolismo de desprenderse de lo viejo, pasando la velada con cante y baile, así como degustando chorizos que clavan en varetas de olivo.

La Candelaria es, probablemente, la festividad más significativa del ciclo invernal, por ser la primera fiesta de Nuestra Señora que la Iglesia se vio obligada a celebrar ante los significativos ritos precristianos que la misma tenía. Hay que tener en cuenta que el dos de febrero es una fecha clave para el desarrollo futuro del año, por ser el primer momento en el que se produce el intento de romper con la muerte del invierno. ¿Qué otra fiesta podría cristianizar el momento si no es una celebración de purificación cuarenta días después del solsticio? Las candelas que se bendicen ese día son utilizadas o para ahuyentar las tormentas, o para cuando la mujer iba a ponerse de parto, dos momentos que, como los del cirio y la luz, ponían en contacto con el mundo de los difuntos y del más allá. Unas fiestas que eran también de purificación y de fecundidad de los rebaños, con unos rituales en la celebración que fueron asumidos por esta festividad.

Por la Candelaria, en Aguilar de la Frontera, era tradicional que las mujeres hicieran los «juillas» con ropa vieja, paja o panochas de maíz, alegrando la velada con el vino y el resoli, así como con las canciones y juegos del corro. Al quedar el candelorio en brasas los más jóvenes saltaban sobre las ascuas. Hace pocos años se ha recuperado esta tradición con el apoyo del Ayuntamiento. En Fernán Núñez, la víspera de esta festividad, se encienden candelas y, entre ellas, la de la «solidaridad», ante la iglesia de Santa Marina. Esa noche, se invita a potaje y a las tradicionales sopaipas con chocolate. En Montalbán, es tradicional hacer velones o farolas con melones huecos en cuyo interior se ponía una vela que iluminaba los motivos decorativos grabados en la piel. Estos melones solían colgarse con cuerdas en los balcones de las casas, práctica que se está recuperando en los últimos años. En Montemayor, la festividad posee hondas raíces, estando unida su celebración a la Cofradía de la Cruz. Desde hace unos años se procesiona a la Virgen, acompañada por las madres que han dado a luz en el último año. La noche anterior se hace una gran candela. En Montilla, antiguamente, se sacaba en procesión a la Virgen, cuya imagen era cubierta de olorosos ramajes. Los regidores hacían ofrendas de pichones, rosquillas de pan y azúcar en nombre del pueblo. En Moriles, los días precedentes, los niños amontonan ramas que encienden al atardecer. A su alrededor se cantan y bailan canciones populares. En San Sebastián de los Ballesteros, en los últimos años, también se ha recuperado la celebración. Los lugares en los que se suelen localizar las candelas más vistosas son el Llano de la Escuela y frente al Molino, lugar donde en otro tiempo se quemaban las capachas viejas de aceite.

Por San Blas, 3 de febrero, en Aguilar de la Frontera, se hace una función religiosa en el convento de las Descalzas, donde se bendicen las rosas de pan adornadas con «bulilis» o lazos de seda de vivos colores, que se guardan en las casas. Cuando algún miembro de la familia padecía alguna afección de garganta se les ponían en ella, puesto que se creía que harían remitir la enfermedad. Por la noche suele celebrarse un concierto en el Paseo de Agustín Aranda. Moriles festeja la celebración, al igual que Puente Genil, donde se colocan unas cintas durante nueve días en la garganta para que les preserven de las enfermedades.

En dos poblaciones de la Mancomunidad de la Campiña Sur tiene lugar la más significativa celebración de este periodo: *el Jueves Lardero*, último jueves en el que se toman abundantemente las grasas del cerdo antes del ciclo cuaresmal. En Fernán Núñez es costumbre muy enraizada que ese día los diferentes grupos de familias o amigos salgan al campo para degustar el tradicional hornazo, bollo de pan en cuyo interior se colocaba un chorizo y se decora con huevo duro. Actualmente, en el Paseo de Santa Marina se expone un hornazo de dimensiones cada vez mayores del que se sirven porciones a todo el vecindario. Una fiesta que sirve



HORNAZOS.



ROSCO DE SAN BLAS.



ROSCO DE SAN BLAS. MONTILLA.

para reforzar la identidad de sus habitantes, así como para consolidar y afianzar los lazos familiares y de amistad. En Puente Genil, por su parte, el jueves anterior a Carnaval se celebra, como en Fernán Núñez, el Jueves Lardero, eso sí en lugar de ser allí una festividad de carácter comunitario en la que participa todo el pueblo, la celebración está vinculada a las Corporaciones Búlicas de Semana Santa, las cuales, en los «cuarteles» degustan embutidos con vino de la zona. Esta celebración es la única que con carácter singular se celebra en dos poblaciones de la provincia, aunque si bien con contenidos diferentes.

En casi todas las localidades de la Mancomunidad de la Campiña Sur el tiempo de las Carnestolendas representaba un paréntesis en la vida cotidiana de sus habitantes. Celebración con una estructura propia en la que se repetían ciertos comportamientos cargados no sólo de intencionalidad social, sino también psicológica, con actos que implicaban el disloque del orden establecido. De ahí que dicha celebración fuera esperada con enorme ilusión, sobre todo por las capas populares que veían en esta fiesta una oportunidad para invertir la realidad cotidiana. Se habla, por tanto, de un periodo de alegría y de confusión, cuyos actos ejercían en el pueblo llano una cura psíquica y social. Sin duda, más efectiva que la pretendida por la propia Cuaresma. Al mismo tiempo, contribuía a darle mayor cohesión al grupo, en cuanto que los mismos actos servían para descargar todas las tensiones acumuladas durante el año.

Estas fiestas, con el tiempo han ido evolucionando y transformándose en el seno de las diferentes sociedades locales, perdiendo la fuerza que antaño tuvieron. Funcionan como negación simbólica de la realidad social, en la que todo cambia durante su celebración para que luego, en la realidad de cada día, nada se altere. Así pues, en el Carnaval se ha ritualizado, institucionalizado y reglamentado, la rebelión, la negación de valores dominantes e incluso la subversión del orden

social, que están socialmente previstos. En este sentido, se puede constituir en elemento de cohesión y reforzamiento de clase, abriendo así una vía para explicitar las tendencias y los conflictos.

Durante tres días se celebran concursos de máscaras, bailes y cabalgatas, siendo su especificidad el uso de la máscara y el disfraz con la cara tapada y la salida a la calle de las murgas. El Carnaval supone, hoy en día, en los pueblos de la mancomunidad, la reimplantación de prácticas tradicionales y la adopción de modelos nuevos en los que las carrozas, concursos, bailes, etc. tienen una gran importancia. El recuerdo de los carnavales tradicionales, casi perdidos, se está recuperando, existiendo de ellos una gran variedad en toda la zona.

La Cuaresma dura siete semanas y, en algunas poblaciones, como en Puente Genil, es costumbre representarla en los diferentes cuarteles como la *Vieja Cuaresmera*, con siete pies de los que cuelgan siete arenques, imágenes todas ellas del ayuno reglamentado, que se arrancan conforme va transcurriendo dicho periodo de penitencia y purificación previo a la Semana Santa. Se simboliza con ello el paso del ciclo de invierno al de primavera. De igual modo, en dicha localidad, la víspera del domingo de Carnaval o sábado de Romanos, como ya es tradicional, se efectúa la primera subida del Imperio hasta la ermita de Jesús.

La festividad de San José continúa celebrándose aún en algunos de los municipios. Por ejemplo, en Montalbán o en La Rambla donde viene siendo habitual que los carpinteros festejen a su patrón con procesión y una comida de hermandad. Por la noche se quema una pequeña falla, construida por los profesionales de la madera.

El ciclo de invierno finalizaría con la primera salida festiva al campo, el Jueves Lardero y, con el vacío festivo cuaresmal.